

La coca y la cultura andina

Manuel Baquerizo

El tema de la coca ha ingresado nuevamente, en los últimos años, al primer plano de la atención pública y de la controversia administrativo-policial, debido al gigantesco y, al parecer, inexpugnable tráfico ilícito de la droga extraída de esta hoja. Anteriormente, en las décadas del 40 y 50 de este siglo, la coca había sido objeto de disertaciones médico-científicas y de pronunciamientos rotundos sobre los efectos perniciosos de la costumbre de masticar la hoja, propia de los campesinos andinos. El libro que causó mayor revuelo entonces, por su excluyente tesis abolicionista, fue el de los autores Carlos Gutiérrez Noriega y Vicente Zapata Ortiz (1947).

Hoy en día, el asunto ha devenido campo predilecto de los estudios culturalistas y sociales. De pronto, los antropólogos han descubierto el mundo andino y se han dedicado a investigarlo, con un rigor y una sistematicidad envidiables. Analizando el mundo andino, advirtieron la importancia que tenía en ese universo cultural el uso de la coca. Paralelamente, surgieron los defensores neoindigenistas de esta práctica, como Fernando Cabieses y Baldomero Cáceres. La campaña más ferviente y cerrada, en este aspecto, la viene sosteniendo, desde hace cinco años, Baldomero Cáceres; si bien, para este intelectual —limeño y psicólogo de profesión— el amparo de la masticación de la coca tiene mayormente una justificación religiosa y trascendental¹.

La coca tiene, ciertamente, una función esencial dentro de la cultura andina, juega el papel de mediación entre los hombres y los dioses. Pero su ejercicio no se agota en la esfera religiosa. Es, además, un elemento fundamental para la conservación y mantenimiento de las relaciones sociales de reciprocidad, de solidaridad y de respeto mutuo. La coca refuerza los lazos comunitarios, la integración cultural y la identidad étnica. Por lo mismo, es un medio ritual de comunicación humano-divina (como quieren sus místicos defensores) y es también un valioso y no desdeñable instrumento de unión entre los hombres. El “hallpay” o “chacchar” no es un acto cualquiera, me-